

EL AFILADOR
vol. 5



© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2020.

Bilbao-Galdakao errepidea 10

48004 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: diciembre 2020

Autores: Jesús Gómez Peña, Jorge Quintana, Julián García, Víctor Martín, Raúl Ansó, Marcos Pereda, Juanfran de la Cruz

Edición: Eneko Garate Iturralde

Maquetación: Amagoia Rekeró García

Portada: Amagoia Rekeró García. Basado en diseño original de Oninart.com

ISBN: 978-84-121780-4-3

Depósito legal: BI-1556-2020

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970 / 932720445).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

ÍNDICE

Cap. 1 Dos años enteros en la caravana del Tour <i>(Jesús Gómez Peña)</i>	11
Cap. 2 Un pingüino en el Sahara <i>(Jorge Quintana)</i>	27
Cap. 3 Marino y el Giro 1991 <i>(Julián García)</i>	43
Cap. 4 Media vida en 41 minutos <i>(Víctor Martín)</i>	69
Cap. 5 El fugaz paso de Tony Capper por el Tour 1987 <i>(Raúl Ansó)</i>	97
Cap. 6 Esos Tours que ya no fueron: ciclismo y grandes vueltas en la Segunda Guerra Mundial <i>(Marcos Pereda)</i>	119
Cap. 7 Entre sierras y dehesas <i>(Juanfran de la Cruz)</i>	153

DOS AÑOS ENTEROS EN LA CARAVANA DEL TOUR

Jesús Gómez Peña

Jesús Gómez Peña, Barakaldo (Bizkaia). Licenciado en Periodismo en la Universidad del País Vasco. Comenzó en Radio Euskadi, en la sección de Deportes. Tras realizar el Máster de *El Correo*, se incorporó al periódico en 1995. Sus primeros pasos fueron en la sección de Deportes. Luego pasó por Sociedad y Cultura y, más tarde, por la sección de Local en la oficina de la Margen Izquierda. En 1999 regresó a Deportes, ya encargado de la información sobre el ciclismo. Ese mismo año cubrió por primera vez el Tour, el primero que ganó Lance Armstrong. Desde entonces he estado en todas las ediciones del Tour y de la Vuelta, y en cinco Giros de Italia. También ha acudido como redactor de *El Correo* a cuatro Juegos Olímpicos, además de otras carreras ciclistas como el Dauphiné, la Volta, la Vuelta al País Vasco, la Semana Catalana y varias ediciones del Mundial.

Dos años enteros en la caravana del Tour

Cuando llegué por primera vez al Tour como periodista apenas hablé. Bastante tenía con ver y escuchar. La edición de 1999 parecía un lío enorme. El parque de atracciones medieval de Puy du Fou era un hormiguero de cámaras que perseguían a todo aquel que tuviera alguna relación con el caso Festina, el escándalo de dopaje que había destrozado la edición anterior. Richard Virenque, ídolo francés implicado en aquella trama, iba por el recinto perseguido por una ristra de micrófonos. A mis ojos, el Tour era un planeta aparte. Recuerdo la reflexión de un viejo cronista: «El deporte no es importante, pero me encanta sentarme ante la televisión y ver una etapa del Tour entera o un partido de fútbol. En este mundo atroz es un refugio. Es uno de los pocos lugares donde la adolescencia persiste». Pese a

lo mal que te trata esta carrera, a las horas al volante, al trabajo sin pausa y a algún que otro hotel sin estrellas, siempre que he ido al Tour he tenido la sensación de que iniciaba una aventura juvenil. Un privilegio.

Ahora, dos décadas después, resuena en mi memoria otra charla. Con Javier de Dalmases, redactor del *Mundo Deportivo*. Durante uno de aquellos desayunos de batalla, me dijo, aunque en realidad se dijo a sí mismo: «Este año me dan la medalla por haber hecho veinte Tours... Veinte meses de julio aquí, madrugando en cualquier hotel, corriendo con el coche a la salida, luego a la meta, a escribir, a buscar un sitio donde cenar, y vuelta a empezar. Veinte meses. Casi dos años de mi vida metido en el Tour». Todos nos quedamos callados. Dos años. Pues bien, yo ya he cruzado esa barrera. Llega la hora de empezar a echar de menos. Pero más que al Tour o a los mil lugares por los que pasé o las gestas deportivas que presencié, añoro el *otro Tour*, el de los colegas, los viajes en el coche con Rubio, Ezquerro, Quique, Dani, Guti, Carabias... Los agobios y las risas. Mi Tour privado.

Mi primer hotel estaba como a media hora de Puy du Fou. En pleno campo de la Vendée. Los

conejos se metían en las habitaciones. El dueño me recibió con una pregunta que él mismo respondió: «¿Sabes quién duerme aquí? Don Federico». Federico Martín Bahamontes, invitado por el Tour. Era cierto. Me encontré con el Águila de Toledo en el desayuno del día siguiente. Allí estaba. Cabello ondulado. Seco. Trajeado. Y venga a comer. «Buenos días», dije. «¿Español?», me miró. «Siéntate aquí, conmigo». Obedecí, claro. No calló. En cuanto supo que yo era periodista de *El Correo*, de Bilbao, sacó toda una colección de anécdotas sobre carreras en el norte. «Allí la prensa me daba duro. Eran de Loroño», me atizó. Cordialmente.

Era mi segundo día en la *Grande Boucle* y estaba de cháchara con un mito. «Mi padre me hablaba mucho de usted. Le vio subir Sollube», le comenté. Al oír eso sacó del bolsillo de la chaqueta un taco de fotografías en las que aparecía en carrera. «¿Cómo se llama tu padre?», me preguntó. «Emilio». Y le escribió una dedicatoria. Tras dar cuenta del desayuno, Bahamontes notó que no había servilleta. Se limpió con el mantel. Un niño del hambre que tuvo que comer gatos en la posguerra no se detiene en esas minucias. La verdad es que no era un gran hotel. Eso pensé. Pobre inocente. No sabía lo que me esperaba.

Francia es un país que roza la perfección. Lo tiene todo. Y casi todo en su sitio. Por algo es el más visitado del mundo. «La mejor postal de Europa», como dice Eusebio Unzué, mánager del equipo Movistar. Pero los hoteles del Tour... Eran como la lotería. Un día tenías premio y otro... te tocaba el hotel La Basilique. Llegamos tarde, como siempre. Se nos echaba la noche encima tras acabar la crónica y el reportaje de cada día, conducir un buen rato hasta donde estaba el hotel y, por el camino, cenar donde podíamos. Y en Francia, la noche cae cuando aún luce el sol. A las nueve, en pleno julio, ya está casi todo cerrado. También el hotel La Basilique.

Tocamos la puerta. Nada. Llamamos por teléfono. Tampoco. Ya estábamos pensando en cómo ajustarnos para dormir en el coche cuando apareció una joven con dos perritos. Con gesto pícaro. Nos abrió. Casi fue peor. Nunca había visto un pasillo con moqueta en el suelo... y en las paredes. Era entre gris y parda. Un color no definido, barnizado por el paso del tiempo y tantas manos. Y, claro, olía. Bueno, había que dormir. Apagas la luz y te olvidas. Ya. A la mañana siguiente, frente a mi puerta, como un pequeño monolito, emergía de la moqueta la cagada vertical de un perro. Fresca. Qué asco. La esquivé y

a desayunar. Zumo de bote, café malo y un cacho de pan. Como para reventar. En el Tour siempre hay prisa. Salimos pitando hacia la salida de la etapa de ese día con un peso en el ánimo. Por la noche nos tocaba otra noche allí, en La Basilique.

Y, efectivamente, al volver seguía la deposición en su sitio. Eso sí, ya había comenzado a camuflarse con la moqueta. Entendí el color y el aroma de aquella alfombra que, en el fondo, era la piel interior del hotel. Allí continuaba por la mañana. Casi mimetizada ya. Otra vez el desayuno de supervivencia. Éramos los únicos clientes. La joven salió a despedirnos. Con su mirada pícara. Los dos perros ladraban.

Sobre moquetas, descubrí poco después la cumbre del diseño de interiores. No recuerdo el nombre del hostal. Pero sí que tenía moqueta hasta en el techo. La sensación de calor en julio, de calor sucio, era insoportable. Quedaba la guinda. El baño. También con moqueta. Era pequeño. La alfombra alrededor del urinario tenía la coloración de una diana. Con ronchones que cambiaban de tono a medida que se alejaban del váter. Enseguida entendí la razón. El cliente que estrenó aquel agujero se arrimó. Dejaría escapar un par de gotas. A las que

se sumaron las del siguiente usuario. Con el tiempo, la zona más próxima al urinario cogió ya otro color. Y los siguiente *turistas* optaron por alejarse un paso para mear. A distancia, la puntería no es la misma. Toma chorro sobre la alfombra. También cuentan las dimensiones de la manguera. Y el pulso. En fin, que para cuando yo llegué estaba claro que no convenía pasar de la raya de la puerta. Desde allí, con toda la maña que pude, descargué la ráfaga. Ni tan mal. Ducharse fue otra historia.

El Tour siempre se para en los Pirineos. A menudo, en Lourdes, ciudad milagrosa. La fe ha levantado muchos hoteles. Nunca había estado y, la verdad, me sorprendió. Las colas para ir a la Gruta de la Virgen. Los rezos. La cantidad de personas mayores. Los aparcamientos para sillas de ruedas. Y, de nuevo, los baños de los hoteles. Tenían ganchos para las prótesis. De brazos, de piernas... Vete a saber. El de la habitación de al lado no dejaba de toser. Era una tos con silbido, mala, angustiada. De alguien que había ido en busca del milagro. Pensé en cuántas personas así habían dormido sobre mi almohada. Por la mañana hubo consenso y decidimos no volver a Lourdes. No lo cumplimos. La aventura es la aventura.